

CARÁCTER ES DESTINO POESÍA Y VERDAD EN ÁNGEL GONZÁLEZ

Lorenzo Oliván



Ángel González, con Manuel Lombardero.

La última parte de mi libro *Puntos de fuga*, la más existencialista, la más marcada por el tiempo y sus estragos, se abre con una cita de Ángel González, que dice así: «el viaje milenario de mi carne / trepando por los siglos y los huesos». Pertenece, por decirlo de alguna manera, al pórtico de entrada a su poesía completa. Un pórtico que desde que me acerqué a la voz del poeta de *Áspero mundo* ejerció un sostenido magnetismo sobre mí. Los magnetismos (o las *imanescencias*, como

suelo decir con un término de fabricación propia), actúan casi siempre sin porqué. En la poesía, en las amistades, en el amor, en los olores-sabores-visiones que nos atraen o nos repelen, los juegos de imanes tienen algo de brújulas locas. Al cumplirse una década desde que nos dejó Ángel González, vuelvo a realizar una inmersión a fondo en su obra e intento comprender qué encierran los dos versos citados para que ejerzan ese poderoso efecto en mí.

Transcribo el poema en que se insertan:

Para que yo me llame Ángel González,
para que mi ser pese sobre el mundo,
fue necesario un ancho espacio
y un largo tiempo:
hombres de todo mar y toda tierra,
fértiles vientres de mujer, y cuerpos
y más cuerpos, fundiéndose incesantes
en otro cuerpo nuevo.
Solsticios y equinoccios alumbraron
con su cambiante luz, su vario cielo,
el viaje milenar de mi carne
trepando por los siglos y los huesos.
De su pasaje lento y doloroso,
de su huida hasta el fin, sobreviviendo
naufragios, aferrándose
al último suspiro de los muertos,
yo no soy más que el resultado, el fruto,
lo que queda, podrido, entre los restos;
esto que ven aquí,
tan solo esto:
un escombros tenaz, que se resiste
a su ruina, que lucha contra el viento,
que avanza por caminos que no llevan
a ningún sitio. El éxito
de todos los fracasos. La enloquecida
fuerza del desaliento...

Es un poema soberbio en su humildad, en el trazado vibrante de la mota de polvo y nada volandera que somos en nuestro paso por el mundo. Después supe que Ángel González, a quien le oí varias veces recitar estos versos, los consideraba casi su sintonía oficial. El hilo musical (como un aéreo sello de fábrica) de su poesía. Y en verdad, en este texto fetiche, para él y para mí, están las claves que dieron hondura y fatalidad a esta voz.

Quiero comentar esas claves desmenuzando someramente el conjunto. Les invito a un rápido recorrido que vaya de la forma al fondo. En 1956, mi paisano Gerardo Diego, refiriéndose a otro poema cercano en estructura y contenido, el titulado «Eso no es nada», dibuja el movimiento del mismo, como un músico: «El poema, en su arritmia abandonada, camina hacia adelante, hacia el vacío, como una progresión musical. Y el poeta que, a pesar de todo, guarda aún la conciencia de que escribe en verso y emplea la rima asonan-

te y corta diestramente por las coyunturas naturales del ritmo expresivo, deja al final, sola en su trágico verso, la palabra «nada»: «Ya no nos quedaría entre las manos / nada».

Retengan estos fragmentos: «camina hacia adelante como una progresión musical», «corta diestramente por las coyunturas naturales del ritmo expresivo». Hay en el poema elegido de Ángel González exactamente eso que señala Gerardo Diego: un avanzar hacia adelante en progresión musical y un ritmo expresivo que hace que las palabras digan no solo con sus significados, sino con el dinamismo de sus tensiones y roces, con la sintaxis, con las pausas. El sostenido juego de contrastes dibuja el forcejeo, la carrera de obstáculos para el advenimiento de este Ángel sobreviviente contra todo. Ya en el arranque choca la ironía léxica de que el ángel en cuestión pese sobre el mundo. Sigue la sutileza de los versos de pronto más cortos, como en suspensión, erigidos sobre el abismo del espacio primero, y del tiempo después: «fue necesario un ancho espacio / y un largo tiempo». De pronto, la distancia enorme que abre otra polaridad: «hombres de todo mar y toda tierra». Esas tres antítesis en el inicio del poema ya dibujan de algún modo la idea de giro, de creación y recreación incesante de la materia. Y a continuación entra la sugerente espiral de un polisíndeton: «fértiles vientres de mujer, y cuerpos / y más cuerpos». E irrumpe un encabalgamiento que rompe aguas: «fundiéndose incesantes / en otro cuerpo nuevo». Regresan dando vueltas los contrastes, «solsticios y equinoccios». Y toma el testigo del giro por lo léxico el giro por el predominio en el cuerpo central del poema de una sintaxis binaria: «su cambiante luz, su vario cielo», «trepando por los siglos y los huesos», «de su paisaje lento y doloroso», «de su huida hasta el fin», «sobreviviendo», «aferrándose», «yo no soy más que el resultado, el fruto», «esto que ven aquí, / tan solo esto». Los seis versos finales explicitan el demostrativo «esto» y dibujan con memorables encabalgamientos el ángel asomado a un precipicio dramático. Habían preparado el camino otros dos anteriores también muy expresivos: «sobreviviendo / naufragios, aferrándose / al último suspiro de los muertos». El anticlímax paradójico que espera a la vuelta de esos quiebros de cierre perfila con absoluta fatalidad la imagen de un ángel caído, de un vitalismo herido ante la adversidad: «un escombros tenaz, que se resiste / a su ruina», «El éxito / de todos los fracasos. La enloquecida / fuerza del desaliento...». Y el poema se cierra en puntos suspensivos como si la fuerza rotante (o derrotante) del



Ángel González, con Martín López-Vega y Javier Almuzara.

universo siguiese su curso, dejando sobre el papel ese jirón de ser, jirón de nada.

El contenido tiene algo de Big Bang. Las palabras entran como desde lejos, chocan y forcejean, dejan a contratiempo ahí a Ángel González y siguen su curso hacia la lejanía, hacia el futuro. Es un lenguaje vivo, fecundante. Es el lenguaje de la poesía de resonancias que no cesan. Es la indesmayable energía de la poesía de más largo alcance.

Siempre me interesó de este poema cómo el *crescendo* dramático (con palabras como «doloroso», «sobreviviendo», «naufragios», «suspiro», «muertos», «podrido», «restos», «ruina», «fracasos», «desaliento») elude lo patético. Parece como si la fuerza de fatalidad que traspasa el poema redoblase su verosimilitud. Hay un grave *fatum* trágico actuando aquí, segregando verdad, y haciendo que nos apiademos del débil, frágil, aéreo y terrenal Ángel González. Los armónicos que me llegan del poema son los de la indefensión, y los de la difícil pero pertinaz resistencia

ante un destino adverso. Y esos armónicos, que encuentro por toda su obra, me han hecho sentir siempre cercana a esta voz.

Me gustan los poetas con conflicto interno, y el conflicto interno vívido que despierta esta obra poética me llega con una verdad y capacidad de convicción que arrastran. Ángel González habla desde el centro mismo de ese conflicto y hace que, palabra sobre palabra, el lenguaje sea expresiva música que lo encarna y pone en pie.

No resulta casual que estemos ante un poeta que quiso ser músico, al que su padre, Pedro González Cano, jugaba a convertir en director de orquesta lo poco que con él estuvo. No resulta casual que estemos ante quien hizo crítica musical y tiene abundantes poemas vinculados a la música (y hasta antologías de esa temática). Y no resulta casual que este hombre se arrancara con boleros, rancheras o canciones populares a la menor ocasión en la celebración de la amistad.

Él ha reconocido múltiples veces la deuda contraída con Juan Ramón Jiménez. La *Segunda antología poética* fue uno de sus primeros libros de cabecera, que se sabía de memoria, en el que aprendió, sí, el lenguaje moderno de la desnudez, pero de una desnudez que aprovechaba los movimientos de la palabra en toda su potencia expresiva, en toda su vibración musical resonadora. Esa fue la conquista juanramoniana frente a la música de nuestro romanticismo y de nuestro modernismo. Antonio Machado quizá vehiculó la reacción contra la España de charanga y pandereta a nivel ideológico. Pero a nivel musical, quien superó los ritmos de charanga y pandereta en nuestra poesía fue el autor del *Diario de un poeta recién casado*, el poeta de Moguer. Por eso he querido comentar ese poema fetiche de Ángel González en la órbita apuntada por Gerardo Diego. Porque son Juan Ramón y sus hijos de la Generación del 27 las sombras que más se perciben detrás de *Áspero mundo*. Y esa lección Ángel González no la olvidaría nunca: pasó a formar parte de su particular ADN lingüístico, independientemente de que su poesía evolucionase hacia el realismo crítico inmediatamente posterior, o hacia la atmósfera elegíaca de su etapa última. A nivel de uso del lenguaje, después serían tan importantes (o más) lecciones como las de Blas de Otero, Celaya, César Vallejo y otros, sobre todo a la hora de incorporar el registro coloquial, de abrir muchos grados el espectro de lo real y de buscar cauces de salida efectivos al dolor, a la indignación y al grito, pero JRJ fue seguramente el primero que le hizo enfrentarse a su conflicto íntimo con un lenguaje veraz, con una música plegada a ese conflicto como un guante.

Jaime Gil de Biedma subrayará esa virtud en una semblanza aparecida en *Litoral* y titulada «Ángel»: «Admiro, como poeta, la precisión de su oído». He elegido el poema comentado para demostrar el alcance de esa «precisión», siguiendo la liebre que había levantado Gerardo Diego ya por 1956, hace más de sesenta años. Pero ahora quiero desplazar el foco hacia el nudo mismo del conflicto dramático que recorre toda la poesía de Ángel González.

Han salido antes palabras como fatalidad y verdad, y me gustaría indagar en cómo se ponen en juego, como bombean sangre en esta obra poética. No es un dato baladí que Ángel González perdiese a su padre, republicano convencido, cuando tenía menos de dos años de edad, y que creciese con el lastre sentimental y económico (de proporciones importantes) que ello supuso. No ha de perderse en ningún momento de vista que se educase en la adolescencia con una beca especial en un colegio al que iban una

mayoría de compañeros mucho más pudientes. Tampoco debe echarse en saco roto que uno de sus hermanos mayores marchase al exilio al acabar la guerra y tardara más de treinta años en volver a casa, a otro lo fusilasen los vencedores y a su hermana Maruja, maestra, la apartasen de la docencia en Oviedo para luego rehabilitarla en una aldea remota llamada Páramo del Sil. Por último, no debemos olvidar los bandazos del poeta por Oviedo, Sevilla, Madrid y Barcelona persiguiendo un puesto de trabajo digno. En un texto suyo titulado «Todos los comienzos y un final: aquel verano», habla del verano de 1936 y acaba la evocación con estas palabras: «el verano había terminado definitivamente, para dejar paso al largo tiempo de la humillación». En los *Encuentros con el 50* celebrados en Oviedo en 1987 cifraba su antifranquismo (que lo acerca al «grupo de Barcelona» formado, entre otros, por Jaime Gil de Biedma, Carlos Barral o José Agustín Goytisolo) en términos, en su caso, ineludibles o de un cierto determinismo: «en mi caso (dice) era tal vez consecuencia de una situación ambiental y familiar muy peculiar, de una serie de vivencias y circunstancias que podríamos llamar biográficas». Es curioso que otro poeta también ovetense, también huérfano de padre y otro niño de la guerra, Antonio Gamoneda, subraye la importancia de hechos parecidos: «mi niñez, mi adolescencia y mi primera juventud cursaron dentro del espacio de la pobreza... Con respeto, y hasta con gratitud para mis poetas coetáneos, tengo que decir que no es lo mismo escribir desde la pobreza, que escribir solidarizándose con la pobreza. Naturalmente, esta diferencia no es causa de mayor o menor calidad poética, pero, efectivamente, no es lo mismo». No puedo estar más de acuerdo. Hay mucha diferencia entre la perspectiva desde la que escribe por ejemplo Jaime Gil de Biedma (desde la de esos «señoritos de nacimiento / por mala conciencia escritores / de poesía social») y la perspectiva desde la que escribe Ángel González.

La primera parte de *Áspero mundo* muestra a un poeta que ha somatizado, interiorizado la evolución del mundo desde lo luminoso a lo sombrío y duro. Se percibe vivamente la verdad del verso de John Keats: «memoria tiene el tacto». El tacto y los otros sentidos segregan memoria incontrolada, de la misma manera que las muertes también se encarnan en nosotros. «De los cientos de muertes que me habitan / esta de hoy es la que menos sangra», dicen unos versos. Incluso la escritura se vuelve difícil por la invasión de una realidad dramática circundante. Y el poeta sigue el movimiento del dolor con la naturalidad de quien lleva mucho tiempo fundiéndose con él. Así, por



Homenaje a Ángel González (junto a él, entre otros poetas y estudiosos, José Agustín Goytisolo y Caballero Bonald).

ejemplo, es capaz de evocar plásticamente el precipitado minucioso de la desolación: «no puedo ya ocultarla / por más tiempo: esta / desesperante, estéril, larga, / ciega desolación por cualquier cosa / que -hacia donde no sé-, lenta, me arrastra». El arranque y el cierre del poema titulado «Final» apresa la polaridad entre la que se debate toda la obra del poeta: «Entre el amor y la sombra / me debatí: último yo. / Prendido de un débil sí, / sobre el abismo de un no... Este es mi cuerpo de ayer / sobreviviendo de hoy».

En el resto de los títulos que vendrán después de *Áspero mundo*, e incluso de manera más marcada por la apertura a un mayor realismo crítico, podemos seguir parecidos pasos.

El escenario de una casa (una familia, una identidad) en descomposición, en «El derrotado», no podrá rehacerse, recomponerse nunca. La ruina de lo físico tiene un alcance de devastación también de las emociones de consecuencias irreparables:

Atrás quedaron los escombros:
humeantes pedazos de tu casa,
veranos incendiados, sangre seca
sobre la que se ceba —último buitres—
el viento
...

Nunca —y es tan sencillo—
podrás abrir una cancela
y decir, nada más: «buen día,
madre»,
aunque efectivamente el día sea bueno.

Y en el poema «El futuro», se traza la proyección fatal del pasado sobre el porvenir. De manera que el pasado no admite reconstrucción y bombea su sangre hacia el mañana.

¡Futuro mío...! Corazón lejano
que lo dictaste ayer:
no te avergüences.
hoy es el resultado de tu sangre,
dolor que reconozco, luz que admito,
sufrimiento que asumo,
amor que intento.

Hay un tema que siento muy cercano, el de la alteridad, que trata Ángel González en el poema «Yo mismo» y que siempre he interpretado como el encuentro del poeta herido, grave, endurecido, marcado por el tiempo histórico, con el yo luminoso, aéreo y optimista que podría haberle llevado a otro tipo de vida radicalmente distinta. El yo en sombras vence y obtura la posibilidad de una existencia más plena. Edipo no encuentra a su padre en una

encrucijada: el hombre de hoy cierra fatalmente el paso al hombre de ayer. En todo caso, el resultado levanta la atmósfera de una tragedia griega.

Yo mismo
me encontré frente a mí en una encrucijada.
Vi en mi rostro
una obstinada expresión, y dureza
en los ojos, como
un hombre decidido a cualquier cosa.

El camino era estrecho, y me dije:
«Apártate, déjame
paso,
pues tengo que llegar hasta tal sitio».

Pero yo no era fuerte y mi enemigo
me cayó encima con todo el peso de mi carne,
y quedé derrotado en la cuneta.

Sucedió de tal modo, y nunca pude
llegar a aquel lugar, y desde entonces
mi cuerpo marcha solo, equivocándose,
torciendo los designios que yo trazo.

Aparte del correlato del yo presente sobre el yo pasado, hay en la obra de Ángel González otros muchos dobles fondos, correlatos que admiten ser leídos en la misma dirección, pues pocos poetas hay en la poesía española contemporánea que obliguen a leer tanto entre líneas. El poema «Chatarra», del que transcribo solo la segunda mitad, siempre lo he interpretado en clave de ruina familiar y de ruina histórica:

Podría salvarse algo todavía,
aún es posible la llegada
de una segunda mano que, piadosa,
restañe las heridas de la herrumbre,
despliegue la caricia del aceite
sobre la piel roída del acero;
más todo, en general, está perdido.

El fuego
igualará las ruedas y los vástagos,

confundirá los muelles y los émbolos,
devolverá las tuercas desgastadas
a la inercia y la nada minerales,
a la materia original
de donde
surgirán otras formas limpias, puras,
libres acaso para siempre
del estigma fatal de la chatarra.

El «estigma fatal», recalco. «Alguien / envenenó las fuentes / de mi vida». Dirá en otro pasaje. Y otro igual de revelador de un poema de título harto significativo, «Mendigo»: «Es difícil andar / si se ignoran / las vueltas del camino, / si se duda / la firmeza del suelo que pisamos, / si se teme / que la vereda verdadera / haya quedado atrás». Solo siendo muy conscientes de este centro de visión, marcado a fuego por el drama biográfico del poeta, puede entenderse la irónica petrificación del linaje en un poema clave como «Discurso a los jóvenes»: «Amparad ese río / de sangre... Tú, Piedra, / hijo de Pedro, nieto / de Piedra / y biznieto de Pedro, / esfuérzate / para ser siempre piedra mientras vivas / para ser Pedro Petrificado Piedra Blanca». Una petrificación, inmovilismo, cerrazón, que alcanza a todos los correlatos del poder, y que da la verdadera medida del drama experiencial, tan vívido y vibrante, que toda esta poesía escenifica.

He pretendido acercarme, siquiera someramente, a lo que considero el núcleo germinador o generador del conflicto esencial de esta poesía. Al menos a mí es ese núcleo o eje el que me ayuda a entender que en seguida Ángel González desarrollase una poética de realismo crítico y que, después, la «eternización» de la dictadura y la decepción ante el episodio de la Primavera de Praga llevasen al poeta al sarcasmo, al humorismo traspasado de cansancio y de desencanto, y a un sentimiento de inutilidad de todas las palabras, para acabar en los tonos elegíacos y existencialistas de sus últimos tiempos, comprensibles de manera absoluta en quien vio su vida desde su primera infancia marcada por un hondo y sostenido sentimiento de pérdida.

«Carácter es destino». Ese es el lema que eligió para su obra Luis Cernuda. La fatalidad que traspasa la escritura de Ángel González es precisamente lo que convierte su mayor conflicto en su mejor verdad. ■ ■